

# P

## resentación

El nombre que le da título a este número de la revista es una metáfora, que denuncia el valor contundente del sistema simbólico que caracteriza nuestro presente, nuestra cotidianidad, nuestros delirios paranoides, por la necesidad de localización de la mirada vigilante de la sociedad moderna, que está al acecho de los movimientos del cuerpo, de la libertad de acción, de tránsito, de imaginación y de la necesidad que todos tenemos de inventar futuros.

El ojo del poder, sus imágenes y sus cámaras de vigilancia, al parecer en su afán de especificar, clasificar y ubicar en espacio y tiempo, nos desaparecen como sujetos que se proyectan en los espacios públicos, en donde la itinerancia resignifica los no-lugares, en los que la desaparición del deseo humano nos codifica como una estadística más del mirar. Lo cual, lejos de intervenir en la prevención de un delito, lo expone a la mirada pública de una red televisiva en horario 5 estrellas. Y ante los ojos de todos se ejecuta el crimen, que todos lo vemos, pero nadie hace nada. El terror ahora puede ser visto en cualquier pantalla virtual, a todo color, en la comodidad del hogar, haciendo que el cinismo se convierta en una manera normal de coexistencia con el otro. Estamos asistiendo a la visibilidad calculada y explícita de los actos de desaparición pública, mediante tecnologías de punta que contribuyen al resquebrajamiento de los soportes institucionales que legislaban la vida en común. Estamos en presencia de la producción y difusión mediática de imágenes que transmiten el sin sentido de la vida, ante un exceso del mundo de la muerte, como un nuevo contrato sin compromisos éticos.

La revista en esta ocasión es un recuento multirreferencial de lecturas, sobre las maneras que las sociedades modernas se han dado para controlar y someter, mediante las distintas formas de ver, mirar y observar al ciudadano común, desde el argumento de la seguridad social, lo que ha impactado definitivamente la vida privada, la intimidad y la actividad inconsciente de cualquier aparato psíquico deseante.

Una primera lectura es un interrogante sobre la función de internet y la vigilancia de sí en la significación de las imágenes proyectadas en el universo de las pantallas, la videovigilancia llevada al infinito en la crisis del sí mismo, como esa crítica al Estado inconsciente cibernético que se incorpora a la identidad del yo. ¿La reflexión moderna sobre quién soy yo, no es al mismo tiempo una crisis producida por el Estado de vigilancia?

En un segundo momento, el poder relacionar la proliferación del narcotráfico como un cáncer que puede ser pensado en su virulencia, como fuera de control de los sistemas de seguridad, como una metástasis del Estado fallido mexicano, resulta una aproximación al Estado terminal del sistema político mexicano bastante aguda, para poder hacer pensable la ingobernabilidad que reina en el país desde hace varias décadas.

Otra referencia de la metaparanoia del Estado de vigilancia nos conduce al Estado especular de ¿quién vigila a quién?, en estas sociedades de espejos cóncavos y convexos, de las pantallas de plasma y de realidades virtuales con objetos en tercera dimensión. No obstante, la vigilancia utópica de poder mirarlo todo mantiene irremediablemente sus espacios de sombra, sus lugares vacíos, sus intersticios de resistencia y de contrapoder, imaginarios sociomediáticos en donde desaparece el sujeto político, en donde la individualidad se resiste a la visibilidad absoluta, a pesar de la anulación impune de su ciudadanía.

Así mismo, permanentemente y cada vez con más apoyo discursivo, los medios masivos desarrollan un lenguaje mediático de terror, que empieza a constituir una poderosa industria bélica de la nueva derecha en la geopolítica de la globalización. Difusión estratégica del terror, tecnologías y control de la inconformidad como proyecto de los estados intolerantes y autoritarios. Lo anterior coincide con la presencia militar de los elementos de las fuerzas armadas en la invasión de los espacios privados, en la intimidad de los hogares; mediante una denuncia anónima, los soldados, la policía federal, los cuerpos especiales de seguridad pública y federal, con pasamontañas y fuertemente armados, sin mediar orden de cateo, ni de aprehensión, propagan por todo el país, por todos los estados, en cualquier colonia, en cualquier barrio, esta pedagogía de amedrentamiento de cualquier familia, de cualquier persona, a la vista de todos, sin el menor rubor y con todo lujo de violencia.

Finalmente, lo que condensa y registra todas estas derivas de las sociedades de vigilancia y del Estado policiaco, es el trabajo sobre el registro y el archivo, como régimen de gobernabilidad hacia las nuevas estrategias de control. El control como consuelo que en su propia operación configura su espectacularidad, en ausencia de una memoria que le dé sentido a la experiencia histórica de la deva estación. Asistimos a las nuevas modalidades que orientan el control del campo social, sin sujeto. Es el grueso del público el objeto latente de la producción azarosa del riesgo, una especie de inversión verdaderamente violenta de la localización del delincuente en cualquiera de nosotros mismos, en nuestra cotidianidad, en la misma cocina de la individualidad.

Raúl René Villamil Uriarte